

ESCALADA DEL PICUEZO

Su leyenda

Se cuenta, y ésta es ya una antigua leyenda, que cierta vez caminaba un matrimonio desde Quel hacia Calahorra, y al llegar a las inmediaciones de Autol hicieron un alto en el camino para comer una torta o harinosa que llevaban. En aquel momento pasó por allí una viejecita, la cual les pidió un pedazo de la torta; ellos contestaron que preferían convertirse en piedra antes de compartir con ella el pan. La anciana les respondió que, puesto que lo deseaban, así había de ser. Lo cual, efectivamente, sucedió. Parece ser que la vieja era en realidad la Virgen Santísima.

El viajero que va de Autol a Quel puede contemplar junto a la carretera, en una chopera y a la orilla del río Cidacos, las fantásticas moles pétreas del Picuezo, la Picueza y la Torta.

La historia

El día 15 de mayo de 1922, un escalatorres ascendió a la cumbre del Picuezo. El acontecimiento tuvo gran trascendencia y a él acudió el pueblo en pleno de Autol, así como su Ayuntamiento y banda de música, aparte de otros muchos espectadores venidos de los pueblos circundantes. El sistema de ascensión consistió en una serie de artilugios y combinaciones de cuerda, mediante los cuales, subiéndose a pulso unas veces y siendo izado desde abajo otras, alcanzó la cima. Allí colocó, aparte de la visible veleta, un tubo de plomo conteniendo monedas de plata y unos documentos acreditando la ascensión y conteniendo diversos datos relativos al pueblo en aquel entonces (habitantes, casas, producción agrícola, ganadera, etc.). También se afirma que dejó una botella de licor, bien sea vino, coñac o anís.

Esta ascensión, claro está, no guarda precedentes con la que nosotros hemos realizado; en aquella ocasión no se entró en contacto con la pared, por lo tanto no fueron vencidas las dificultades características del monolito.



Vista de conjunto: Picuezo y Picueza. (Foto L. Alejos.)

La escalada. Marzo de 1966

Una antigua fotografía, de ésas amarillas que conservan nuestros abuelos, y la etiqueta de una lata de conservas, nos ponen en conocimiento de la existencia del Picuezo.

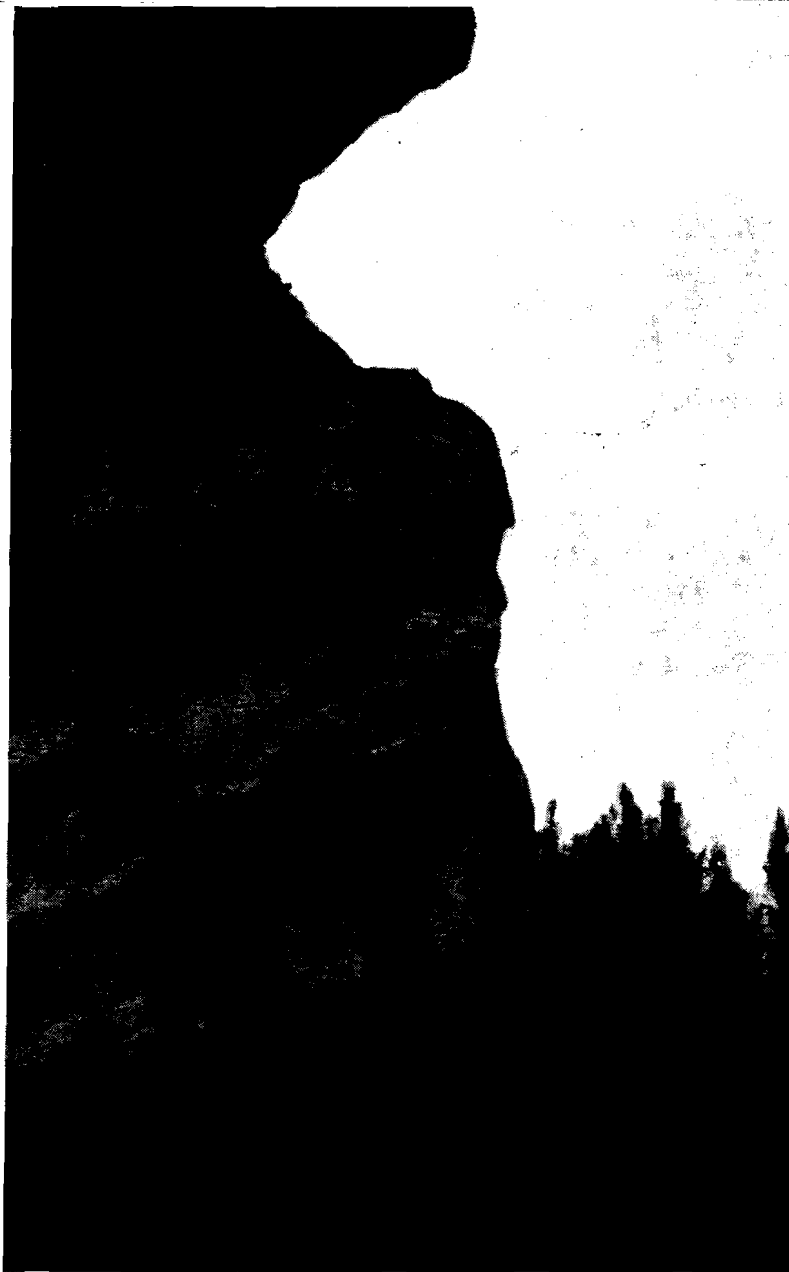
Nos dirigimos hacia Autol; en nuestras pesadas mochilas transportamos gran cantidad y diversos tipos de material, con objeto de realizar un sondeo en este curioso monolito. La primera impresión resulta deprimente: esto no es piedra, sino arena. Las clavijas normales de roca no sirven, puesto que no existen grietas ni fisuras practicables. Las del tipo de expansión tampoco, debido a que la cuña se va clavando en la pared sin lograr expandirse. Progresar en libre no es posible, ya que carecemos del mínimo resalte o del ínfimo agarre. Para alcanzar la cumbre sería preciso trasponer una serie de continuos extraplomos, en forma de pequeñas panzas o senos, aparte de dos techos realmente impresionantes.

Junio de 1967

El tiempo ha pasado, pero en nuestra mente perdura la incógnita dei



Contraluz en el segundo techo. (Foto L. Alejos.)



Ascendiendo a la "cintura" o plataforma de reunión
(Foto L. Alejos.)

tuna expansión. En el otro extremo se le adosa la correspondiente anilla para la sujeción de los mosquetones. La cuestión de los buriles para hacer el agujero en el cual ha de introducirse la clavija precisa también gran atención. Tienen forma de estrella, es decir, seis dientes con sus correspondientes guías para el desahogo del polvo procedente del agujero; son de acero rápido templado y van adosados a un mango de hierro del cual pueden ser intercambiados una vez que pierden el corte o se parten los dientes.

18 de junio, primer intento

A las siete de la mañana comenzamos a abrir la primera vía que ha de tener el Picuezo. La cordada está integrada por Luis Alejos y los herma-

Picuezo. ¿Cómo resolver este problema mediante la técnica de escalada? Decidimos volver de nuevo, y para ello comenzamos por proyectar nuevos tipos de clavija, siendo, claro está, de expansión, pues éste ha de ser el único sistema de progresión.

Las pruebas las realizamos en determinado lugar de la costa, por ser sus acantilados de composición muy similar. Por fin damos con la clavija ideal. Consta ésta de un tubo de 16 milímetros de diámetro y unos 60 milímetros de longitud; en uno de los extremos se le han practicado cuatro canales con objeto de que al acoplarle un pequeño taco cónico realice la oportuna expansión.

nos Restituto y Eusebio Martínez. Iniciamos la ascensión desde la horcada que une ambos monolitos (Picuezo y Picueza); esto nos permite salvar unos diez metros de pared; sin embargo, es aquí también donde se hallan los mayores obstáculos. En la mañana conseguimos ascender hasta el punto denominado por los lugareños «La cintura». Empleamos, para progresar 14 metros, 14 clavijas de expansión más dos normales forjadas y templadas que colocamos en una grieta ciega. Dicho lugar consta de una amplia plataforma poco inclinada, a la cual dimos en llamar «la reunión», por resultar muy apropiada para estos menesteres.

Por la tarde atacamos de nuevo, progresando cuatro metros más mediante seis clavijas de expansión, en el gran techo situado sobre la plataforma.

El balance de este primera jornada de escalada resulta halagador; hemos pitonado hasta la mitad de la pared, empleando en ello diez horas. El trabajo ha sido extenuante, por lo que al día siguiente no podemos continuar.

Julio de 1967

Durante este mes de tregua hemos corregido las deficiencias y perfeccionado el material; asimismo, nos hemos entrenado a fondo en la escuela de escalada de Atxarte, en el macizo del Duranguesado.

16 y 17 de julio, segundo intento

Esta vez la cordada ha variado; debido a sus obligaciones militares no pudo participar Restituto Martínez, siendo sustituido por José Manuel Latorre. La ascensión hasta la reunión de la plataforma, al estar clavada la pared, resulta sencilla, e incluso divertida. Hasta allí subimos los tres para dedicarnos de nuevo a trasponer el techo que había de ser la clave de la ascensión. Las cosas empiezan a complicarse: resulta que, aparte de la escasa consistencia que ofrece esta roca, en la parte superior del techo va degenerando hasta formar un estrato integrado prácticamente por tierra aglomerada con piedrecillas. Al pretender clavar, estas materias se descomponen. Conseguimos hacer agujero y colocar la clavija, pero, claro está, en estas condiciones no ofrece absoluta confianza. Este día sólo colocamos dos clavijas.

Moralmente nos sentimos defraudados: no es agradable colgarse de un techo completamente desplazado de la pared, sobre un vacío de 30 metros, sabiendo que la clavija que nos sostiene puede salirse en cualquier momento. De todas formas, al día siguiente Alejos y Martínez subían de nuevo



Superando el primer techo. (Foto L. Alejos.)

con la intención de buscar una zona más practicable. A duras penas se consiguió poner otras dos clavijas, la última de ellas en una cavidad, fuera ya del techo. La mayor dificultad estaba vencida. Al asomarnos sobre el techo podemos comprobar que arriba la piedra en algunas zonas es similar a la de abajo; todo es cuestión, por tanto, de ir eligiendo dichos lugares. De nuevo nos sentimos optimistas y ponemos nuestra esperanza en el tiempo.

23 de julio. La ascensión

La cordada que ha de alcanzar la cumbre es la misma que la de la vez anterior: Alejos, Latorre y Martínez, los tres pertenecientes al Grupo Alpino Turista, de Baracaldo. Como de costumbre, comenzamos a las siete de la mañana. Con gran celeridad superamos dos el techo, practicando una reunión sobre estribos, mientras que el tercero aseguraba desde la plataforma. De nuevo se oye el eco del martillo, al repicar sobre el buril que va perforando lentamente la pared; una y otra clavija van siendo colocadas por la mano experta de Eusebio. En las inmediaciones, al igual que en otras ocasiones, se va concentrando un gran gentío, que contempla anonadado la escena. Los escaladores animan el espectáculo entonando canciones populares de su tierra vascongada. A las 14 horas estamos en «el cuello» del Picuezo, separándonos de la cumbre esos cuatro metros de «la visera», con su respetable techo. El calor resulta agobiante, pero nuestra vista no se separa de esa veleta retadora que asoma en la cima.

La parte inferior de este último tramo es consistente y se clava bien; en la superior nos encontramos con el mismo problema del otro techo, pues la piedra vuelve a estar descompuesta por completo. Aquí, naturalmente, nadie piensa ya en una retirada, así que valiéndonos de mil artimañas, conseguimos seguir clavando y sintuaros por fin en la cumbre.

Eran las 18,30 horas del día 23 de julio de 1967. Nuestra proeza se culminaba 45 años, 2 meses y 8 días después de nuestro antecesor el escalador. En la cumbre, adosado con cemento al igual que la veleta, encontramos el tubo de plomo conteniendo los documentos en los cuales se especificaban la anterior ascensión y los concernientes al pueblo, pero de las monedas de plata y la botella de licor ni rastro, supusimos que se lo habrían llevado los pájaros o que el titiritero aquel era un pájaro de cuenta.

El descenso en rappel sobre tres clavijas y un lazo, mediante dos cuerdas fue impresionante; lo realizamos por la parte opuesta a la vía de ascensión; lo cual supone salvar 40 metros de desnivel en volado sin entrar en contacto con la pared.

Una vez abajo recibimos la calurosa felicitación de los concurrentes; aparte de lo cual agradecemos extraordinariamente un buen trago de porrón, de ese delicioso clarete, que da merecida fama a la región.

El Picuezo ya tiene su vía de escalada, su retadora y abrupta pared, no está virgen; ha sido forzada por nuestras clavijas y en lo sucesivo, cualquier cordada con unos elementales conocimientos de la técnica de escalada, podrá hollar su cumbre.

Tiempo empleado en la ascensión

En clavar la vía completa, 27 horas 30 minutos. En ascender el último día, 11 horas 30 minutos. Posteriormente lo hemos hecho en dos horas.

Material utilizado

Dos cuerdas: una de 60 metros y otra de 40; dos cordines auxiliares: unos de 30 metros y otro de 20; 40 clavijas de expansión y dos simples, 20 mosquetones, 8 buriles, 6 estribos, 3 lazos, 2 martillos y una mochilla.

En la cumbre depositamos una botella de vino, una lata de espárragos y un escrito registrando los datos de nuestra ascensión.

Durante la primera escalada su dificultad sería de un sexto inferior, ahora que ya está pitonada puede ser un quinto.

LUIS ALEJOS

(Del Grupo Alpino Turista de Baracaldo.)